

VERA
UNA
HISTORIA
DE
AMOR

JUAN
DEL VAL

PREMIO PLANETA 2025



¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosc



@Planetalibrosc



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros





A E
& I

Vera, una historia de amor



Autores Españoles e Iberoamericanos

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2025,
concedido por el siguiente jurado: José Manuel Blecua,
Juan Eslava Galán, Luz Gabás, Pere Gimferrer, Eva Giner,
Carmen Posadas y Belén López Celada,
que actuó como secretaria con voto.



Planeta

Juan del Val



Vera, una historia de amor

Premio Planeta

2025



© Juan del Val, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía
Primera edición: noviembre de 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7860-04-9
ISBN 10: 628-7860-04-9

Primera edición en Colombia: noviembre de 2025

Impresión: xxxxxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Soy lo que escribo.
A escribir le debo todo lo que soy.





PRIMERA PARTE





El amor brota sin orden, tarda un segundo en producirse, justo en el instante que va después de una mirada especial o de una risa a tiempo. Da igual que sea real o inventado. No siempre es verdad, a veces sentimos lo que deseamos sentir.

Vera no sabe cuándo se rompió definitivamente todo lo que la unía a Borja. No fue un día concreto, no sucedió nada extraordinario, no se puede precisar el motivo por el que dejó de sentir nada hacia él. «Dejé de sentir nada hacia él» es una frase extraña y confusa, como lo es el amor y lo que se deja de sentir. Además, es gramaticalmente incorrecta. Vera lo sabe, pero el amor solo puede explicarse olvidando las correcciones, también gramaticales. Vera terminó detestando del marqués hasta sus cosas buenas. Su sola presencia le producía zozobra, una inquietud insoportable, como si él le robase el aire cuando paseaba por la habitación, cuando se cruzaban en el vestidor o compartían el baño. Era invasivo, aunque no hiciese nada. Nada malo, se entiende. Por ejemplo, afeitarse. Vera odiaba la manera en la que Bor-

ja se afeitaba. Más que la manera, el resultado. Esa piel tan perfectamente apurada que parecía pulida. Fina, como a punto de romperse. Primero blanca y brillante cual loncha de tocino, y rosácea después de unas palmaditas rítmicas para esparcirse un *aftershave* que en su cara olía a pasado.

—¿Qué estás viendo? —Borja sorprendió una tarde a Vera sonriendo delante de la pantalla del portátil.

—Nada —contestó mientras lo cerraba de golpe.

—Algo estarías viendo.

—Nada. —Ella repitió la respuesta.

—¿Y por qué cierras el ordenador?

—No sé, ha sido un instinto.

—¿Qué estabas viendo? —El marqués elevó el tono.

—De verdad, no era nada importante.

—Vera, no me jodas. ¿Qué cojones estabas viendo?

—Estaba viendo vídeos de gatos.

—Menuda gilipollez. —Borja tuvo la tentación de pedirle a Vera que abriera el ordenador y se lo demostrase—. Demasiado contenta estabas tú para estar viendo vídeos de gatos.

—Me gusta ver vídeos de gatos.

Era verdad que últimamente Vera miraba su portátil más de lo normal, pero jamás había entrado en una página de vídeos de gatos. Eran otras webs las que la ilusionaban desde hacía varios meses, cuando empezó a pensar en la separación.

Esta mañana está contenta. Contempla su cuerpo en el espejo y le parece como si fuera el de otra. Mucho más bello. Se sorprende mirándose desnuda, reconociéndose diferente a otras veces. Es su mismo cuello, los hombros son los suyos; sus tetas, las de siempre. No ha cambiado su cintura, ni su pubis, ni sus muslos. Se da media vuelta, como hacen las famosas cuando posan en el *photocall*, y se mira de arriba abajo la espalda y el culo sin hacer caso a los defectos. Tiene cuarenta y cinco años y se gusta.

Hacía mucho tiempo que no se contemplaba así, sin preocuparse de cómo la iban a mirar los demás. Sus amigas, los maridos de sus amigas y el suyo. La envidia de ellas, el deseo de ellos y su desnudez durante tantos años únicamente para él. Ahora no están ni ellas ni ellos ni él. Ahora está ella. Por primera vez.

Vera echa un vistazo a su alrededor, la decoración de la habitación principal de la finca forma parte de su vida, pero esa es una vida ya vivida. La moqueta gris perla, la cómoda de palisandro *art déco* comprada en una tienda de antigüedades en París; las mesillas que fueron herencia de su bisabuela, dos obras de arte del siglo XIX con lámparas de Davide Medri de las que Vera se encaprichó en un viaje a Roma, un cuadro de Goya, también heredado, al lado del balcón que da al patio de naranjos, cubierto por las cortinas de terciopelo granate... Vera se ilusiona pensando en el piso que está buscando en Sevilla. Otra habitación, una cama nueva, unos muebles distintos, otras vistas. Una vida por vivir.

Mira la hora en el reloj de su mesilla de noche, aunque desde que se separó del marqués hace tres meses, las dos mesillas de noche son suyas, como lo son los dos lados de la cama. Don Borja Manuel Laguía de Villareguela, marqués de Villaecijilla, ya no está en la cama de Vera después de veinticuatro años de matrimonio.

Encima de la cama hay desparramados cuatro jerseys de punto —la mitad de cuello vuelto, a pesar de que ya empieza a hacer demasiado calor—, cinco pantalones, tres faldas, dos vestidos y dos americanas. Cerca del armario hay esparcidos varios pares de zapatos planos y de tacón, y zapatillas de deporte que Vera combina con la ropa que va dejando tirada encima de la cama, después de ponérsela y quitársela una y otra vez sin acabar de decidirse. Hace un rato estaba más segura mirándose desnuda en el espejo de lo que está ahora eligiendo un modelito para ir a ver pisos. Ha quedado con el vendedor de la inmobiliaria para que le enseñe los que tiene seleccionados para ella cerca de la Maestranza, y, si le da tiempo, puede llegar a ver ambos.

Vera entra en cada piso en venta buscándose a ella misma detrás del umbral. Una ilusión que empezó a construirse el primer día que accedió a una web de venta de casas. Al principio fue solo un entretenimiento inocente; después, una obsesión. Detrás de cada anuncio en el que clicaba, Vera fantaseaba con su plan de huida.

Dentro de media hora ha quedado con el vendedor

en la calle Adriano. O elige pronto lo que se va a poner o llegará tarde.

En la finca La Paz está empezando el ruido. Los perros ladran, un tractor está saliendo de una de las cocheras. El sonido de los cascos de dos caballos sobre el empedrado se cuela nítido en la habitación de la señora. Seiscientas hectáreas, al lado de Sevilla, de cultivo de tomate, maíz, patata, remolacha, algodón y algo de avena, esta para alimentar a los caballos. La Paz no es la única finca, ni tampoco la más rentable de las que tiene el marqués, pero es en la que Vera quiso vivir después de casarse. Ella dejó Casa Caldera, su finca familiar, para instalarse en la de Borja. Aquí está la mitad de su vida, gran parte de sus recuerdos, también la nostalgia de los buenos momentos de los primeros años. Borja se fue a su palacete de la avenida de la Palmera después de la separación. «Quédate mientras decides lo que quieres hacer con tu vida», le dijo de una manera sorprendentemente generosa. Ella sospecha de esa generosidad, conoce a Borja demasiado bien.

Vera ya se ha decidido, aunque sin estar convencida del todo. Había que hacerlo porque, con tantos cambios de ropa, al final no le queda mucho tiempo. Se ve guapa, a pesar de que le hubiera gustado ponerse la camisa verde que ha echado a lavar. Tenía que ser esa, precisamente. Está nerviosa, ojalá alguno de esos dos pisos sea el definitivo. En las fotos tienen muy buena pinta, aunque no haya imágenes de las vistas. «Hoy lo voy a encontrar, tengo un presentimiento», se dice mi-

rándose al espejo. Todavía le falta un último toque de pintalabios rojo.

El amor se acaba a la misma velocidad que empieza, aunque tardemos mucho más tiempo en querer darnos cuenta de ese final.

Definitivamente, va a llegar tarde.



Antonio lleva un año viviendo en Sevilla. Le pidieron en la inmobiliaria que se trasladara aquí para hacer crecer esta nueva sucursal en Andalucía. Es uno de los mejores vendedores de la empresa, y aunque no conocía bien la ciudad, vender es vender, da igual el sitio, y para eso él tiene un don. Antonio posee esa virtud innata de gustarle a la gente sin tener que hacer ningún esfuerzo.

Se había ido de Madrid porque sentía que debía hacerlo, sabía que no tenía más remedio, pero, según preparaba las maletas, la tristeza se iba apoderando de él.

Cada camisa que doblaba, cada muda, cada par de calcetines, cada pantalón que colocaba en la maleta era un golpe de melancolía. Antes de subirse al tren que le llevaría de Puerta de Atocha a Santa Justa ya había empezado a sentir nostalgia. Superó las ganas de dar media vuelta y se metió en el tren como si una fuerza superior le empujara a su interior. Sevilla le encanta, aquí sus clientes son gente con dinero, muchos de la alta socie-

dad, pero él lleva el barrio dentro. De ahí no se sale simplemente con coger un AVE.

Antonio tuvo que esforzarse para que no se le notase tanto su acento de Vallecas. No solo el típico «ej que»; lo que más le costó fue abandonar ese tonito chulesco, esa caída de la entonación como de dejadez y provocación, esa musiquilla que le daba a cada frase la intención de indiferencia, tan propia de «Madrí». Todavía tiene que estar pendiente, porque a veces se le olvida y le sale el acento vallecano, sobre todo cuando habla con su madre o con su hermano. Con los clientes de la inmobiliaria tiene que concentrarse para colocar las eses en su sitio y que su entonación denote interés por lo que está diciendo. Es importante dar buena imagen, y eso incluye que no se reconozca demasiado el sitio de donde viene y del que, a sus treinta y cinco años, nunca ha terminado de salir.

Después de la adolescencia, Antonio se convirtió en un chico muy guapo, pero de pequeño era un niño del montón. El pelo cortado a tazón por su madre, con el flequillo hasta las cejas y un remolino incontrolable en la coronilla. Moreno de piel, ojos grandes y la carita redonda. Su madre, Teresa, le cortaba el pelo a él y de vez en cuando a otros niños del barrio en el baño de su casa. Al principio era tan solo un extra económico, pero cuando su padre los abandonó, pasó a ser la única fuente de ingresos conocida de su madre. Había otra, pero Antonio tardó algún tiempo en descubrirla. Algunas tardes sonaba el telefonillo y Teresa lo mandaba ense-

guida a jugar a la calle o a casa de cualquier amigo del barrio. Antonio se cruzaba en las escaleras con algún señor que subía mientras él bajaba precipitadamente, tal y como le ordenaba su madre. «Y no vuelvas antes de una hora», le decía, mientras se recomponía la falda y se ahuecaba el pelo con los dedos delante del espejo del recibidor. Antonio no comprendía lo que pasaba, pero recuerda que siempre bajaba las escaleras con ganas de llorar.

Teresa sigue viviendo en la misma casa en la que Antonio se crio, pegada a la M-30, muy cerca del puente de Vallecas. Vive de lo que su hijo le pasa cada mes. Ya no corta el pelo a ningún chico del barrio y es tarde para que ningún señor suba a su casa.

Su padre se fue cuando Antonio tenía diez años. Camarero de profesión, abrió un bar en el barrio, «para ser mi propio jefe», decía, imaginándose como un empresario de éxito y quién sabe si, con el tiempo, dueño de una cadena de restaurantes. Salió cruz, como casi siempre, y aquella aventura acabó con una nueva hipoteca sobre el piso en el que vivían y otra sobre una casa del pueblo, que acabó vendiéndole al vecino de al lado por el precio de la deuda. Antonio fue pocas veces a aquella casa, pero sí recuerda la tristeza de haberla perdido. En realidad, la casa le daba igual, pero aquel negocio fallido fue una evidencia más de que en su familia las cosas nunca salían bien.

El padre volvió a trabajar en los bares de otros, y así debe de seguir, si es que aún no se ha jubilado. O no se

ha muerto. Hace un par de años que Antonio no le ve. A decir verdad, le ha visto dos o tres veces desde el día que se marchó de casa con una clienta habitual del restaurante en el que trabajaba, una mujer algo más joven que él que se quedó embarazada a los pocos meses de irse a vivir juntos. Quién sabe si se fueron a vivir juntos después de que se quedara embarazada. Qué más da. El caso es que Antonio tiene un hermano diez años menor que él. Se llama Diego y tampoco ve a su padre desde hace dos o tres años, no se acuerda bien. Lo último que había sabido de él es que se había ido a vivir a Cádiz con una mujer de Algeciras que tenía un bar en el que la especialidad eran las tortillitas de camarones, o algo así.

Antonio y Diego se parecen mucho físicamente de manera enigmática, como tantas veces sucede con los parecidos. Los dos son guapos, morenos y de facciones muy similares, sobre todo los ojos, que son casi idénticos. Lo inexplicable del asunto es que todo el mundo coincide en que Antonio es calcado a su madre y Diego a la suya, sin que ninguno de los dos haya heredado el más mínimo rasgo de su padre. Aparte de lo físico, Antonio y Diego caminan de la misma manera, hasta el punto de que podría confundírseles si se les mira de espaldas. El cuerpo ligeramente vencido hacia delante, como si sus hombros tuviesen más prisa por llegar que el resto del cuerpo. El uno ochenta y siete de estatura —Diego un par de centímetros más que Antonio no quiere reconocer— les da seguridad, pero

cierta tendencia a no estirarse del todo por una instintiva empatía con los demás. Se mueven con la armonía de los que saben que los están mirando, la naturalidad de los que no tienen que hacer ningún esfuerzo para ser atractivos y una cadencia que parece que pudieran ponerse a bailar a cada paso. Además, los dos hermanos gesticulan de forma calcada, a pesar de no haberse criado juntos. La genética es un misterio, y muy caprichosa. Quizá un bisabuelo o un tatarabuelo aportara a esa estirpe un gen que se saltó algunas generaciones hasta desembocar en el cuerpo de un señor gris, mediocre y más bien feo, para que procrease dos varones altos, morenos y guapos.

Algún fin de semana, cada dos o tres meses, Teresa llevaba a Antonio a casa de Diego para que los hermanos se viesen. Sus recuerdos están cosidos por un hilo muy fino, pero ahí siguen, inamovibles: la cara de felicidad de Diego cuando Antonio le enseñó a tirarse de cabeza en la piscina municipal; los dos jugando al *Pro Evolution Soccer*, de la Play2, y los colacaos llenos de grumos que Antonio le preparaba a su hermano en la cocina escondiéndose de la madre de Diego, que los regañaba por gastar medio bote en cada merienda.

A Antonio le va muy bien, a los ojos de Diego, y a Diego, ni bien ni mal, a los de Antonio, que prefiere no pensar demasiado en lo que hace su hermano. Lo único que teme, y a la vez sospecha, es que haya seguido sus pasos. Sabe que dejó de estudiar en segundo de la ESO y que no ha trabajado nunca. «Ej que no me sale na,

chache»; Diego deja caer la frase con una falsa resignación que acompaña de una sonrisilla malintencionada cada vez que llama a su hermano para pedirle dinero. Diego no se plantea suavizar su acento de barrio. Seguramente no tiene conciencia de que se puede hablar de otra manera.



Vera sentía que era feliz cuando pintaba. Desde que era pequeña tenía un don para el dibujo. Replicaba en el papel todo lo que veía con una precisión impropia para una niña. A doña Remedios y a don Luis les encantaba que su hija tuviera esa habilidad, así que la llevaron a clases de pintura en una academia de Sevilla. Con doce años ya había ganado varios concursos de dibujo y de pintura para niños que había en la provincia, con cuadros de paisajes, bodegones, caballos y una vez con un retrato del rey Juan Carlos vestido de militar, que era el tema elegido en un certamen de colegios de toda Andalucía para conmemorar el Día de la Constitución. «Por el virtuosismo de los detalles», decía, entre otras cosas, el fallo del jurado sobre el retrato del rey. «Y más guapo que el de verdad», sentenció orgullosísima doña Remedios al leerlo. El premio fue un estuche con material de dibujo y la promesa de que le harían llegar el retrato ganador al mismísimo Juan Carlos I.

Vera siguió pintando, aunque poco a poco fue abandonando los bodegones de frutas, los animales en la

pradera y los retratos de famosos. Y cuando lo hacía, era de otra forma. Metía alguna pera podrida en el bodegón, algún caballo al que le faltaba un ojo, o se inventaba alguna deformidad en la cara de las famosas, como cicatrices en los pómulos, sonrisas a las que les faltaban dientes o verrugas de las que salían pelos. Vera cambió su manera de pintar sin cambiar ella, que seguía siendo una niña feliz, a pesar de lo oscuros que se iban volviendo algunos de sus cuadros.

—Vera, ¿por qué pintas cosas tan raras? —decía doña Remedios con un tono en el que no podía ocultar su decepción.

—No son raras, son feas —precisaba ella.

—¿Y qué necesidad hay de pintar cosas feas pudiendo pintar cosas bonitas?

Vera se limitaba a encogerse de hombros, incapaz de contestar a esa pregunta.

Doña Remedios transmitió la preocupación a don Luis, al que los últimos dibujos de Vera le habían inquietado un poco, sobre todo ese que había hecho de una mujer a la que, en vez de tetas, le salían del pecho dos pistolas de las que chupaba un bebé como si estuviera mamando. El matrimonio valoró la posibilidad de llevar a la niña a algún psicólogo si seguía pintando «esas cosas» que no se atrevían ni a describir. La pintura para Vera comenzó a ser un problema. Los padres nunca se lo dijeron expresamente, pero sus gestos al mirar los nuevos dibujos de su hija eran de pura frustración. Lo que no hacía tanto tiempo era para ellos un

motivo de orgullo pronto acabó sustituido por la vergüenza.

Vera fue abandonando poco a poco aquella manera de pintar que sentía que la alejaba de sus padres y volvió a las manzanas brillantes y los paisajes luminosos. Olvidó las cicatrices y las verrugas con pelos y dibujó perros más bonitos que los de verdad. Después de restablecida la tranquilidad de don Luis y doña Remedios, Vera dejó de pintar de un día para otro. Le aburría aquella belleza sin emoción, pero no podía plantearse incomodar a sus padres con lo que en realidad quería expresar. Llevó los pinceles, los cuadros con personas deformes y escenas tétricas, los lienzos que todavía estaban en blanco y el caballete a una nave de la finca en la que se almacenaban aperos de labranza, sacos de pienso, maquinaria abandonada y neumáticos gastados. Una madrugada hubo un incendio en la nave causado al parecer por un cortocircuito en el motor de una bomba del depósito de gasoil que seguramente alguien había olvidado desconectar, y ardieron en llamas los cuadros de Vera. Ni siquiera se dio parte a la compañía de seguros para investigar lo sucedido. «Demasiados trámites —dijo don Luis—. En esa nave no había nada que tuviese demasiado valor».

Uno de los empleados de La Paz ha dejado a Vera en la esquina del paseo de Colón con el puente de Triana. «Prefiero ir andando. Muchas gracias, Matías». «Lo que usted diga, señora». Matías regresa a la finca y Vera se dirige a la Maestranza por la acera del río. Le gusta caminar por este lado del paseo, siempre hay menos gente. En la acera de enfrente hay edificios con locales y bares de copas que casi todos abren por la noche. Antes de llegar a la plaza de toros, Vera cruza el paseo de Colón en busca de la calle Adriano, el Arenal es su barrio preferido de la ciudad.

Vera nunca ha vivido en Sevilla. De niña, en Casa Caldera, y en La Paz después de casarse con el marqués. Las dos están cerca de la ciudad, así que no hay demasiada diferencia con vivir en el campo, porque en quince o veinte minutos te plantas en el centro. Además, en la finca están los caballos, hay más tranquilidad, espacio para caminar y silencio para dormir. Todo le parecían ventajas, hasta ahora. Vera está contenta, baja a la calle entre la gente camino de su cita, a la que llega media

hora tarde. Le da la sensación de que, rodeada de cuerpos y voces, de coches y de casas, tiene más espacio que en cien hectáreas de llanura.

Cuando entra en el bar Taquilla, Antonio la está esperando al fondo tomando su segundo café. El local se encuentra bastante lleno, pero es imposible no fijarse en él. Es la hora en la que la gente que trabaja por la zona baja a desayunar, y en la barra no se da abasto con las tostadas con tomate y los cafés con leche.

—Lo siento —se disculpa Vera con el vendedor por el retraso.

—No te preocupes, tengo toda la mañana para ti.

Antonio va vestido con un traje azul marino, parece el mismo que llevaba los otros dos días que se han visto, cuando le enseñó pisos en Los Remedios y en Felipe II. No importa cómo vaya vestido, su presencia trasciende su traje barato, que le queda un poco grande, o esa impresión da al ahuecársele la tela por la parte del cuello. La corbata es azul, el color corporativo de la inmobiliaria en la que trabaja, y los zapatos, marrones, algo desgastados por la punta, aunque todavía aguanten.

—Tengo algunos pisos para enseñarte. Hay uno que estoy seguro de que te va a encantar.

—¡Qué ganas! ¿Cómo es?

—Ahora lo verás... ¿Qué quieres tomar?

—Un café solo.

—Manuel, uno solo —se dirige Antonio a uno de los camareros.

—¿Alguna cosa más, señorita? —pregunta Manuel a Vera.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—¿Qué tal tu niña? —le pregunta Antonio al camarero.

—Nada, al final no fue gran cosa, con el antibiótico le bajó la fiebre. Mañana mismo vuelve al cole.

—Me alegro mucho, Manuel —le sonríe al camarero—. Cóbrame cuando puedas.

—Nada —dice Manuel guiñándole un ojo.

—¿Hoy tampoco me cobras?

—Dos cafés no me van a sacar de pobre, Antoñito.

Vera no reconoce muy bien lo que le sucede mientras mira a Antonio desenvolverse. Ya le ha ocurrido las otras dos veces que quedaron para que le enseñase casas. De hecho, sí sabe lo que le pasa, pero prefiere ignorarlo. Antonio la pone contenta. Y nerviosa.

—¿«Antoñito»? —le sonríe—. ¿Te llaman Antoñito?

—Nadie me llama Antoñito, salvo este —responde señalando a Manuel—. Me da apuro corregirle.

—No tienes pinta de Antoñito, la verdad.

Antonio le explica las características de los pisos que quiere enseñarle, sin que Vera sea capaz de atender del todo a lo que dice. No es importante que el traje sea malo, el cuello esté desbocado o los zapatos desgastados, Antonio es un hombre guapo. Ojos oscuros, nariz imperfecta y grande, como su boca de labios anchos y una mandíbula ligeramente alargada. Todo eso que se

ve tampoco es determinante, lo que hace de él un hombre atractivo es lo contradictorio de su mirada y su sonrisa. La mirada dura y provocadora, la sonrisa tierna y cercana. Con una te previene y con la otra te desarma.

—¿Por cuál quieres empezar?

—¿Qué? —dice ella, que estaba a sus cosas.

—Los pisos, que por cuál quieres empezar.

—Por el que quieras —improvisa—. Voy a ir un momentito al baño antes de irnos.

Vera quiere comprobar que todo está bien. Eso significa que el pelo sigue en su sitio, que el carmín no le ha manchado los dientes de rojo y que la ropa le queda como le tiene que quedar. Después de tantos cambios, no está segura de haber acertado con el vestuario. A decir verdad, no está segura de nada.

Lleva la melena detrás de los hombros, repasa sus labios con otro toquecito de labial que esparce con precisión, junta los dientes y los muestra al espejo comprobando que no hay ningún resto, respira hondo y abre la puerta del baño para volver a la barra. Va vestida de negro, con un pantalón de pinzas alto que le marca la cintura, una camiseta negra enseñando los hombros y unas zapatillas blancas de Loewe, que Antonio naturalmente no sabe que son de Loewe y, de saberlo, no podría imaginar su precio. Tampoco sabe que el pantalón es de Loro Piana, sobre todo porque no sabe que Loro Piana es una marca de ropa cuyos pantalones casi siempre pasan de mil euros.

Antonio y Vera bajan por Adriano en busca de la

calle Arfe. Él le explica que el primer piso que van a ver es uno de los más grandes de la zona, porque en su día los dueños unieron dos quedándose con toda la planta. El siguiente está en la calle Velarde, también muy señorial.

Al doblar la esquina se cruzan con dos señoras que ocupan toda la acera. Antonio se aparta para dejarlas pasar y Vera tiene que avanzar unos pasos por delante de él. Al volver la vista, ella repara en que Antonio le está mirando el culo sin demasiado disimulo. Ella hace como que no se da cuenta, y a él no le importa que se haya notado. Antonio sonríe al mirarla, esta vez a la cara, cuando los dos se vuelven a poner a la misma altura en la acera. La sonrisa le sale espontánea, como si solo le sonriera de esa forma a ella. Antonio seduce como sin querer, le sale solo, su manera de mirar hace que ella se sienta única y al mismo tiempo sabe que, por lógica, es una más entre todas a las que mira. Tiene treinta y cinco años, vive solo en Sevilla, está soltero y es guapo. Vera percibe que este hombre es una especie de fuerza que le impulsa a acercar la mano al fuego.

Vera se enamoró de Borja viéndole montar a caballo; seguramente le recordó a su padre. Eso es muy frecuente, según los psicólogos, por aquello de la búsqueda eterna del referente paterno, la teoría del apego, el complejo de Electra y todo eso. Dan igual los motivos. Ella sintió que aquel hombre iba a ser su hombre, y con eso bastó. Borja tenía todo lo que tenía que tener para ser el marido de aquella chica rubia de ojos azules, de belleza limpia y comportamiento siempre ejemplar, de familia tradicional, educada en un colegio de monjas y con un patrimonio que conservar. El marqués de Villaecijilla le sacaba diez años, sí, pero los dos eran lo suficientemente jóvenes para que eso no fuese un problema. Poco más de treinta él y de veinte ella. Ninguno necesitaba el dinero del otro, habían vivido las mismas vidas, todo estaba en orden para las familias, para los amigos y para la ciudad.

En Sevilla fue una boda importante, con todo el anacronismo, boato y espesura que eso supone. La noticia se publicó en los diarios locales, en las revistas del cora-

zón andaluzas y hasta en el *¡Hola!*, aunque fuera en aquella sección que ya no existe llamada «Sociedad», en la que solía salir gente de apellidos con solera, pero que nadie fuera de su ciudad conocía. Aquellas páginas eran en blanco y negro, lo que daba a entender que se trataba de las menos importantes de la revista. Había una sensación agridulce en todos los que aparecían en la sección «Sociedad» del *¡Hola!*: salías en el *¡Hola!*, pero en gris. Como el que vive en un edificio señorial del mejor barrio de la ciudad, pero su piso es el bajo interior. Una foto pequeñita de los novios y los padrinos posando en uno de los altares de la catedral ilustraba la noticia: «Enlace de don Borja Manuel Laguía, marqués de Villaecijilla, con la señorita Vera Luque, hija del empresario don Luis Luque de la Laguna y de doña Remedios de Castilsanz».

Ella tenía veintiuno cuando se convirtió en la mujer del marqués en la catedral de Sevilla un día lluvioso de primavera del año 2000. En todas las fotos se mostraba sonriente, su melena rubia recogida en un moño adornado con florecitas blancas, sus ojos azules transmitían felicidad a la cámara y admiración, casi devoción, en las que aparecía mirando a Borja. Estaba enamorada sin saber lo que era el amor.

Alta, delgada, joven y virgen hasta un par de meses antes de la ceremonia. Vera no quiso y el marqués no quiso que quisiera hasta que estuvieron repartidas las invitaciones. El sexo siempre era algo indecente, salvo si se hacía con tu marido. Al fin y al cabo, no quedaba más

remedio si se querían tener hijos. «Pero sin alejarse nunca de la virtud», como decía a todas horas sor Milagros, la directora de las agustinianas, el colegio religioso donde Vera estudió hasta que terminó el bachillerato. El sexo era pecado fuera del matrimonio, y fuera del matrimonio significaba en ausencia de tu marido. Así que tampoco se contemplaba practicarlo sola. Vera tardó años en intentarlo y alguno más en hacerlo de manera medianamente satisfactoria. Medianamente.

Mucho tiempo sin tocarse. Mejor dicho, sin tocarse bien, del todo, libremente, hasta el final y sin culpa. Siempre que trataba de hacerlo se acordaba de sor Milagros. Aquella monja tenía mirada de psicópata, fría, inmutable, y pelos negros en la barbilla, muchos, cortitos y duros como púas de erizo. Las veces que Vera intentaba darse placer en la ducha, el único sitio donde podía estar sola, o en la cama, cuando el marqués viajaba para asistir a alguno de los consejos de administración de los que era miembro, se le aparecía la cara de sor Milagros recordándole que aquello era una vergüenza y se esfumaba el deseo. No todas las monjas eran iguales, las había más accesibles y tiernas que sor Milagros. Y sin tanto vello, lógicamente. Pero ninguna era comprensiva cuando se intuía el abandono de la decencia y el decoro, si la risa era fuerte o si cuchicheaban hablando de alguno de los chicos del colegio de enfrente con los que las niñas coincidían a la salida de las clases.



Planeta de Libros

¿Te gusta leer? Únete a nuestras
comunidades de lectores en
redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco

Conoce más libros haciendo clic en:

PlanetadeLibros.com.co 

Grupo  Planeta | Creemos en los libros